

Despedida a Mons. Hugo Eduardo Polanco Brito*

DR. CARLOS DOBAL

A.D.H.

Autoridades,
distinguidos y queridos amigos y colegas:

La doliente familia universitaria de esta Casa de Estudios –profesores y exprofesores, estudiantes antiguos y actuales y personal administrativo, así como altas autoridades de la institución– seguramente tomando en cuenta, y no otra consideración, sólo mi larga relación académica coadyuvante a la extraordinaria obra del eximio Obispo dominicano Hugo Eduardo Polanco Brito, me ha encargado elevar mi voz junto a sus restos mortales, los que habrán de reposar eternamente en esta tierra sagrada y dominicana que tanto amó y sirvió este preclaro intelectual y prelado.

Esta voz que elevamos ante tan amadas reliquias en este solemne momento, no puede ser sino de profundo agradecimiento. Agradecimiento al arduo trabajo del creador en medio difícil, de centros difusores de alta cultura, como el Seminario San Pío X y la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, instituciones estrechamente vinculadas a sus afectos más íntimos; agradecimiento al orientador de vocaciones sacerdotales y magisteriales; agradecimiento al espíritu conciliador que,

*Palabras pronunciadas a nombre de la Academia Dominicana de la Historia por el profesor Dr. Carlos Dobal, Secretario General y Miembro de Número de la Corporación, durante las exequias del eximio Monseñor Hugo Eduardo Polanco Brito, en la capilla de la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, en fecha 15 de abril del año 1996.



equidistante de todas las banderías políticas, suavizó ríspidas aristas para enrumbar positivamente los más diversos y sublimes sueños de activos políticos y dirigentes sociales dominicanos, salvándoles a muchos la vida con exposición de la suya propia; agradecimiento al intelectual y al investigador histórico y al acucioso y elegante ensayista de nuestro pasado histórico y nuestro futuro promisorio. Sus veinte libros hablan alto de estas condiciones.

En medio de un mundo con las características del nuestro, la figura enérgica, fuerte pero dulce de Monseñor Polanco Brito, siempre se ofrecía carismática, cordial, atrayente y luminosa, aún fuera de sus galas e insignias episcopales. El ámbito que ha rodeado a través del tiempo al primer Obispo de Santiago y primer Rector de esta Universidad, traslucía una rara combinación de elementos contrastantes de perfil renacentista multicientenario y de alta tecnología contemporánea. Siempre su mente y sus actuaciones parecían determinarse entre los valores mencionados.

El gran prestigio que alcanzó Monseñor Polanco en nuestro país y en el extranjero en los últimos treinta años, dimanó de sus acertadas actuaciones como ciudadano valeroso y sereno, siempre equilibrando posiciones políticas; como intelectual y maestro, consagró sus mejores esfuerzos en elevar la cultura de nuestro pueblo; y como prelado, constantemente contactó personalmente a sacerdotes y religiosos bajo su autoridad pastoral y paternal.

Ya desciende esta inquieta figura de nuestra movida historia patria al seno de nuestra tierra, y se eleva su alma a la eterna patria de los elegidos. Sus actuaciones nos dejan muchas lecciones sabias; y como acabamos de decir, su señera figura es merecedora de múltiples agradecimientos.

Ante la tristeza de su partida, todos los dominicanos dejando a un lado banderías y estadios sociales, nos debemos comprometer a ser fieles a las directrices que nos dejara Monseñor Polanco, profundamente imbuidas éstas del espíritu sublime del Redentor y del pensamiento patriótico de los gloriosos Padres de la Patria Dominicana.

Doliente comunidad santiaguera, señor Arzobispo, autoridades presentes:



Los Mjembros de la Academia Dominicana de la Historia profundamente conmovidos por la partida de quien fuera su Presidente en distintos períodos, el Arzobispo Hugo Eduardo Polanco Brito, eximio prelado, patriota e historiador dominicano, quiere hacer llegar al mundo intelectual dominicano y a todos los demás dolientes, la convicción que tiene nuestra Institución de que Monseñor Hugo Eduardo Polanco Brito ha pasado a ocupar su lugar junto a los grandes mitrados patricios de nuestro país: Geraldini, Meriño y Nouel; y también quiere dejar constancia de su decisión de mantener celosamente las enseñanzas del inolvidable colega e ilustre Presidente de nuestra Academia.

